



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 9.º

JUEVES 8 DE MAYO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

LA HISTORIA DE LAS FLORES, por Emilia G.—INTRIGA Y PASION, por John Lang. (Continuacion.)—ROBERTO EL DIA-BLO (Del alemán.) Conclusion.—DESCRIPCION DE GRANADA, por un antiguo escritor árabe.—AGRICULTURA: las enfermedades de los árboles, por G. Gerard.—LA METAMORFOSIS DE LOS INSECTOS: las mariposas.—ECONOMIA DOMESTICA: los vinos de la mesa.—MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON, por Adela.—Explicacion del ajedrez poético del número anterior.—CLAVE ENIGMATICA.

### LA HISTORIA DE LAS FLORES.

Oh i soavi ricordi  
Delle olezzanti bellezze!

#### LA AZUCENA.

Tambien la azucena es tenuta por reina de las flores, porque entre ellas como entre los hombres, esta elevada categoría no es patrimonio único. Una hermosura no excluye á otra y si vimos nacer las rosas de las gotas de sangre que Venus vertió herida por sus agudas espinas, el origen mitológico de las azucenas no les cede en nobleza.

La palabra azucena del arábigo *As-súsen*, trae su origen del hebreo *Susanah*, que segun el docto rabino Aben Esdras, quiere decir flor bellísima, nombre que se dió por su hermosura á la casta mujer de Joaquin, equivalente á llamarla *lirio blanco* ó *alegría*, que todo esto quiere decir *Susana*.

Esta preciosa flor, estimada por su blancura, delicioso olor y elegantes formas, se halla citada frecuentemente en los sagrados libros y en particular en aquellos que ensalzan y alaban la virginal hermosura de María. En las vísperas de su inmaculada Concepcion, elogiando las virtudes que adornan á esta bondadosa Señora, se leen las siguientes palabras: «Como Azucena entre espinas así será mi Amada entre las hijas de Adán,» las cuales son copia de lo escrito en el Cántico de los Cánticos de Salomón: Esto solo nos da á conocer la

estima en que ya era tenuta esta flor en los tiempos bíblicos, puesto que mereció ser elegida para ensalzar la hermosura de aquella que entre los descendientes de Adán, corrompidos con el pecado original, brilla como la azucena en los campos rodeada de abrojos y maleza.

Dios, el Señor de todas las flores, escogió la azucena para ejemplo. «Mirad, dice el Salvador á sus discípulos, las azucenas que crecen en los campos, no trabajan ni hilan y no obstante jamás Salomón se vió tan magníficamente ataviado.»

Por la perfecta blancura pudiera ser esta flor emblema de la confianza que debemos tener en Dios cuando el alma está limpia de pecados; puesto que su pureza inmaculada nada tendria que temer de la Justicia divina.

La azucena está consagrada por la Iglesia á la Santísima Virgen. En los cuadros de la Anunciacion, al Arcángel San Gabriel se le representa con un ramo de estas flores en la mano y tambien se pinta de este modo Santo Domingo, San Antonio de Padua y en general á las Santas Vírgenes cuya pureza é inocencia simboliza.

La antigüedad pagana, admirando la blancura de las azucenas atribuia su origen al chorro de leche que la diosa Juno vertió sobre la tierra cuando al dar el pecho al niño Hércules, por el ansia con que este mamaba, se vió obligada á separarle; produciendo las estrellas de la *via láctea* las gotas que saltaron hácia el cielo. En algunas ocasiones tambien se ha representado á esta diosa con una azucena.

Blanca de Castilla fundó una abadía de monjas llamándola de Nuestra Señora de la Azucena, donde ella misma se retiró y murió. María Mazzarini Mancini tambien buscó por algun tiempo en este retiro el descanso que exigía su vida procelosa.

Un rey de Navarra, don García VI, fundó la orden de Nuestra Señora de la Azucena: esta orden obligaba á pelear contra los moros, y los caballeros llevaban pendiente de una ca-

dena cuyos anillos tenian la forma de una M gótica, una azucena de oro esmaltada de blanco.

Luis VII de Francia adornó su escudo, su sello y sus monedas con multitud de azucenas que Carlos V redujo á tres colocándolas sobre un campo azul. Chateaubriand, Lefébre y Juana de Arco tenian señaladas sus armas con azucenas.

El monumento erigido por el escultor Thorwaldsen á la memoria de los suizos que sucumbieron el 10 de agosto de 1812, representa un leon herido y moribundo defendiendo azucenas.

Se cree que Franco, hijo de Hector, las introdujo en Europa, trayéndolas de Oriente.

Los poetas de todos los tiempos y paises las han celebrado en sus cantares, y en nuestra España es desde muy antiguo la flor de las Antonias, el adorno de las iglesias el 13 de junio y el perfume de los huertos y jardines durante la segunda quincena del mes de abril en el que, con las azucenas, muere todos los años la risueña primavera.

EMILIA G.

### INTRIGA Y PASION.

(CONTINUACION.)

La condesa fue saludada despues por un elegante jóven que iba á caballo.

—¿Quién es? preguntó Jerónimo.

—Lor Neville, á quien yo presenté hace algunas semanas en casa del conde de Zine.

—¿Quién es el conde de Zine?

—Un noble inglés relacionado con el gobierno del pais.

—¿Tiene simpatías por los Borbones?

—¡Oh! si no fuera así, no le consideraria como amigo mio.

Otro caballero que pasaba en un carruaje con blasones adornados con coronas, saludó tam-



bien á la condesa haciendo una reverencia con amable sonrisa.

—Este es el vizconde de Castledown; dice que está enamorado de mí.

—¿Estais completamente segura de que no hace mas que decirlo?

—Para mí es de todo punto indiferente.

La conversacion giró despues sobre los mas triviales asuntos y se prolongó hasta dar tiempo á que De Clairant invitara á Jerónimo y á su hermana á ir con ellos al hotel.

La condesa estrechó la mano de An'onieta y miró de un modo suplicante á su hermano.

—Sí, dijeron al fin, á las ocho menos cuatro estaremos en la habitacion de la condesa.

Es inútil decir lo que pasó cuando Jerónimo y su hermana fueron por la noche á casa de la condesa y de Mr. de Calmet. Antonieta estaba encantada de los dibujos del album de Mr. De Clairant y Jerónimo arrebatado con el canto de la condesa. No es necesario detallar las particularidades de la comedia del dia siguiente ni de la visita al teatro de Convent-Garden, para ver una comedia inglesa. Ambas familias estaban ya en grande intimidad.

Una mañana Jerónimo fué á ver á la condesa y la halló sola. Mr. De Clairant habia ido á pagar una visita al lord Brenton en su casa de campo. En un costurero cerca de donde estaba sentada la condesa habia una cartera elegantemente encuadrada, en cuya cubierta decia en letras de oro: «Disco.» Fácil es de concebir la emocion de Jerónimo cuando vió esta palabra.

—¿Me permitis ver este libro? preguntó.

—Sí; no contiene mas que las cartas de «Disco.»

—¿Dais importancia á esas cartas?

—¿Y quién no se la da?

—He creído que eran muy exageradas.

—«Disco» exagerado! Hay mas genio, mas sentimiento, mas fuego y mas dignidad de lenguaje en una carta de «Disco» que en las cartas de Largette y de Menice juntas.

—¿Cuánto envanecería á su autor el oír este juicio de vuestros labios!

—¿No producen una sensacion inmensa en París?

—Sí, ¿son muy leídas en Lóndres?

—Todos los amigos de los Borbones las aprueban y las devoran; por mi parte todas las sé de memoria.

—Si yo fuera su autor me sentiria mas orgulloso que un rey al oírlos hablar así. No cambiaria este triunfo por todas las victorias de Napoleon.

—¿Cómo deseo conocer á su autor, verle, hablarle darle las gracias!

—Mi querida condesa, no deséais jamás conocer á un autor cuyos escritos os hayan causado placer, porque quedaríais desencantada. Creéis que sostendría el nivel, la bandera de sus escritos en la conversacion, y estos escritos le han costado probablemente horas de estudio en la soledad antes de darlos al público. Además, si el autor de estas cartas fuera realmente conocido ¿creéis que sería apreciado como ahora? En mi opinion el misterio que le envuelve aumenta su importancia y le comunica un encanto de que en la realidad carece.

—¡Ah! no, Mr. Vercourt; estoy convencida de que si se conociera el nombre del autor, tendría fama en todo el mundo como la tiene el de Napoleon.

—No puedo convenir con vos.

—Dias pasados oímos decir que se habia vendido á Napoleon, y como ha dejado de escribir hace poco, parecia que habia algun fundamento para este rumor. El precio de su silencio dicen que es la dignidad de par y una pension.

—No puede haber verdad en eso, madama. ¿Pensais que un hombre que demuestra constantemente en cada página que su principal debilidad es el orgullo que funda en la antigüedad de su origen, puede prostituirse ó sentirse lisonjeado porque eleven á la mezquina aristocracia de Francia? ¿No os acordais que en un párrafo en que aludia á la vanidad de los

títulos, hab'aba de lacayos y de postillones convertidos en príncipes y duques?

—Por mi parte no he creído jamás ese rumor, ni mi hermano tampoco. ¿Sabeis que una vez alimenté las esperanzas de que estas cartas levantarían en masa al pueblo francés, que expulsaría esta dinastía para reponer á los Borbones en el trono?

—¿Qué esperanza tan vana! ¿Creéis que este fecundo escritor, quien quiera que sea, bien algun entusiasta arrastrado por su rencor, ó bien algun miserable que comerá su único alimento diario con las manos manchadas de tinta, puede destruir las glorias del mayor genio militar que ha visto jamás el mundo? ¿A un hombre que puede mandar siempre á 250,000 soldados prontos á seguirle con un ardor y un afecto nada inferior al que tenían aquellos pocos centenares que acompañaron á Hossein desde Medina?

—No habéis tan desdeñosamente de los escritores; los autores de la antigüedad han llegado hasta nosotros mucho mas honrados que los tiranos á quienes estaban sujetos. Tened en cuenta lo que os digo, el nombre de *Disco* vivirá mucho tiempo despues de haber sido olvidado el de Bonaparte.

—¿Lo creéis así?

—Lo creo; yo amaría á un hombre que poseyera la habilidad de escribir cartas como estas. Sí, compartiría mas bien un pedazo de pan con un hombre tal, perecería con él en un cadalso, moriría con él en las calles, me sumiría con él en un abismo de pobreza, haría mejor todo esto, que casarme con el príncipe mas orgulloso que se haya sentado jamás en un trono.

—Siento destruir la ilusion que os habeis creado; pero permitidme que os diga que hay centenares de hombres en París sospechosos de ser *Disco*; hombres de todas edades, clases y profesiones. El público sin embargo, duda entre dos personas; la una es un relojero nacido y criado oscuramente, aunque bien educado, que habita en la calle de Saint-Honoré, pero que no es el hombre de nacimiento cuyo tono ha tomado; que es un hombre de proporciones repugnantes, de aspecto odioso, de costumbres libres, de traje sucio, que toma tabaco, que fuma, que bebe con exceso, una criatura antipática en una palabra; ¿podríais amar, admirar ó respetar á un hombre tal?

—Sí; creo que podría, si posee en un grado tan eminente el don mayor de la naturaleza, el genio; por la luz resplandeciente de su genio, la deformidad de su persona y la depravacion de sus gustos palidecerían y se borrarían hasta quedar completamente oscurecidas. Entre nosotros y el sol hay montones de nubes oscuras y océanos de la niebla mas densa; pero, ¿no rompe la luz del sol por entre todo ello y nos alumbra?

—El otro candidato para este peligroso honor, es un aristócrata; un hombre vano, orgulloso, arrogante, que se lava con perfumes y que se alimenta con sus propios conceptos. La extravagancia y el genio no son incompatibles; pero os pregunto ahora ¿no se desvanecería vuestro ídolo si descubrierais que tenía tales monstruosidades?

—No, yo le amaría por su genio. Si el pavo real tuviera el canto del ruiseñor, su orgullo no disminuiría la dulzura de su canto. ¿Creéis que una mujer, cuando es digna de este nombre, ama solo materialmente á un hombre? No, es á la parte moral de él á la que ella desea unir su propia alma.

—Madama, me habeis estasiado, y despues que vos, que ignorabais el caso, habeis descubierto vuestro modo de pensar, me creeríais el mas vil impostor ó el hombre mas vano del mundo si os dijera que yo soy *Disco*, y que por ser el autor de esas cartas me he visto obligado á huir de Francia abandonando todas mis posesiones.

La condesa de Calmet cruzó las manos mirando fijamente á Jerónimo con una expresion mezclada de sorpresa y de alegría.

—Mirad una prueba, dijo Jerónimo sacando

de su bolsillo el manuscrito de la última carta que ya impresa habia enviado aquella mañana á París.

—Este es un mundo extraño, dijo la condesa, y la realidad escude á veces á nuestros sueños mas extravagantes. A la verdad es difícil decir dónde concluye la ilusion y dónde empieza la realidad. ¿Sois el autor de las cartas firmadas, «Disco»? ¿Os veo, os oigo, siento la presion de vuestra mano! ¿es cierto esto?

—Es cierto; y vos me habeis dicho que amaríais al autor; aquí me arrodo al vuestros pies y os adoro. Este es el homenaje que el genio puede pagar honrosamente á una belleza como la vuestra. Hasta que os vi fui extraño al amor y miré siempre con indiferencia á vuestro sexo, mi alma estaba ocupada por la fidelidad y la ambicion para mí y para los míos. En el día soy vuestro esclavo; si os ofende mi presuncion, puedo reclamar aun vuestra piedad y si he abusado de vuestra condescendencia, vuestra estremada amabilidad y el ardor de mi disposicion actual disculpará mi delito. Aun cuando me rechazais yo os amaría todavía.

—¡Amada por tí! exclamó la condesa. ¡Oh! ¡qué inesperada alegría! ¡Tú, la imagen de un hombre perfecto! ¡Estréchame contra tu corazón!

—¡Querida María! ¡Cuántas veces desde mi adolescencia he pedido á los cielos que me concedieran una mujer tal como eres, una mujer á la que pudiera quitar todo sentimiento de egoismo, á la que pudiera confiar mi alma! Debo adorar á la dinastía que me destierra; mis sueños se han realizado mas allá de mis deseos.

—¿Y los míos, Jerónimo! Ahora no puedo partir contigo, no puedo volver á Francia á menos que tú no me acompañes.

—Querida mia, mi cabeza está puesta á precio en Francia; el monstruo Fouché sabe que yo soy *Disco* y temo que tenga pruebas para autorizar mi muerte ó mi encarcelamiento perpetuo.

—Pero, ¿no podríamos vivir en la oscuridad en algun punto retirado donde pudiéramos llevar una vida de amor y de paz, desde donde vos podríais lanzar vuestros rayos por todo el mundo sin el mas mínimo temor de ser descubiertos? Jerónimo, yo tengo un castillo cerca de Auserre donde nadie soñaría en buscaros; venid, venid con nosotros disfrazado.

—Sí, querida mia, iré contigo.

—Pero no digais ni una palabra de nuestro amor á mi hermano, ni le confíes el secreto de que sois *Disco*.

El ájaro cayó fácilmente en la trampa. Jerónimo no tenía ni la mas ligera sospecha del verdadero caracter de su encantadora. ¿Cómo habia de sospechar? ¿no estaba relacionada la condesa con lo mejor de la aristocracia británica? Los preparativos para la partida se hicieron bien pronto y la condesa escribió privadamente á Fouché lo que sigue:

«El sábado próximo á las nueve de la noche llegaré á París con el hombre que se firma *Disco*. Preparaos para recibirnos, haced que Luisa, Raquel y los demás no se hallen en vuestra casa. Vos pasareis por mi tío el marqués de Beauville, y sin vuestro consentimiento no puedo casarme con mi amante con quien estoy ya despoada. Los trajes necesarios para tal papel, los dejó enteramente á vuestro cargo.

María de Saint Cyr.»

## IX.

Antes de dejar á Inglaterra la condesa hizo otra visita al lord Brenton á petición de lady Zine á quien su hijo le habia comunicado su deseo por escrito.

Los médicos que cuidaban del jóven lord habian protestado fuertemente contra esto, pero el estado del enfermo se hacia tan deplorable que el corazon de su madre se conmovió, desoyendo el parecer de los facultativos.

La condesa se aproximó al lecho del enfermo acompañada por lady Zine. En el momento en que la vió, su voz que antes no se habia sentido se oyó de nuevo. Su sonido arrancó un rio



de lágrimas de los ojos de lady Zine y algunas de los de la condesa las cuales cayeron sobre la mano casi paralítica que cogía la suya.

La condesa pasó aquí un momento terrible porque lady Zine de rodillas ante ella, la suplicaba de nuevo que volviera á lord Brenton á la razón y á sus parientes, prometiéndole que sería su mujer. Dos días antes, María hubiera podido acceder á esta súplica, pero al presente la era imposible. Ni aun por salvar mil vidas hubiera cumplido tal promesa aun cuando la hubiera hecho. Su compasión era todo lo que la condesa podía con el enfermo porque su amor ó la promesa de su mano no hubieran salvado ya á lord Brenton. Al ver á la condesa recobró la voz que se imaginaba que había perdido y cuando ella le dejó por la noche empezó á enfurecerse presentando uno de los peores casos de locura y despues de un paroxismo violento, su cabeza cayó sobre la almohada y completamente exhausto de fuerzas pareció quedarse dormido; pero este sueño fue el sueño de la muerte! Tan tranquilo como un niño que se duerme con el juguete que tenía en la mano, el lord Brenton pasó al reposo eterno con el retrato de la condesa estrechado contra su pecho.

La muerte del lord Brenton causó una gran tristeza á sus amigos y deudos, y poco tiempo quedó secreta en Londres la causa que la había producido. Los criados de la familia, especialmente las mujeres, discutían el asunto con los criados de otras familias nobles. Estos criados lo contaban en las tiendas y los de estas hablaban de ello á sus parroquianos, hasta que por último fue puesto en un periódico de la mañana. El párrafo en que lo decía fue copiado por un periódico de la tarde y de allí extractado para todas las publicaciones provinciales. Entre los que lo leyeron u oyeron hablar de esto fue uno de ellos Jerónimo que un día que se hallaban solos preguntó á la condesa si había algo de cierto en esto; ella le confesó que lord Brenton la había amado pidiéndola su mano y que creía que su negativa había sido la causa de su locura. En cualesquiera otras circunstancias esta relación le hubiera chocado á Jerónimo, pero entonces (tal es la vanidad humana!) la escuchó con un secreto placer. Veía allí una mujer que había rehusado al hijo primogénito de un conde inglés, de un hombre de gran riqueza y que le amaba á él pobre desterrado y le amaba por sí mismo! ¡Una mujer tal había consentido en llegar á ser su esposa, con toda su pobreza y con el peligro de ser descubierto como el autor de sus escritos! ¡Que triunfo! ¡Cuán sincero y ardiente debía ser su amor!

—Creo, la dijo un día Jerónimo, que haría mejor en destruir los manuscritos de estas cartas peligrosas; hasta ahora no se por qué he tenido deseo de conservarlas.

—¡Oh! no las rompais, dijo María; son para mí mucho mas preciosas de lo que puedo decir; ni por el mundo entero destruiría una línea.

—¿Queréis guardarlas entonces?

—Sí, las colocaré en un estuche que contiene todas mis joyas.

—¡Miradlas! las había traído con el fin de quemarlas en vuestra presencia.

María cogió el paquete de mano de Jerónimo y le besó con ardor.

—¿Son estos los originales de tan vehementes cartas?

—Sí, querida mía.

—¿Dónde está la carta que habla de la cohorte de Venus? No la tengo en mi colección impresa.

—Aquí está; la tengo por una de las mejores.

—¡Oh! ¡qué bien escrita está! debe haberle vuelto loco á Fouché.

—Sí; se lo que produjo; oí que dijo que tal frivolidad no le atacaba los nervios y que todo esto era falso.

—¿Y era ó es falso?

—No.

—Pero ¿como lo sabeis?

—María, no puedo ocultaros nada; no os ofendereis cuando os diga la verdad. He sido

tan alegre como los demás jóvenes de mi edad y aunque no he amado á ninguna mujer hasta que os contemplé, no vi nunca ningun rostro bello ni ninguna hermosa figura que no tuviese algun encanto para mí.

—La condesa se sonrió y dijo suspirando, seguid.

—¿No os incomodais?

—No; pero teneis que jurarme que en lo sucesivo solo me amareis á mí.

—Os lo juro.

—Entonces, continuad.

—Mi hermana tuvo una vez una doncella muy linda á quien despidió por alguna falta.

—¿Cual fue esa falta?

—Creo que el descuido de sus obligaciones.

—Ah, ra, mi querido Jerónimo, prometedme que no me ocultareis nada.

—Os lo prometo, escuchadme. Una tarde encontré á esta muchacha en una fiesta de Saint Cloud, y la pregunté si estaba acomodada.

—¿Y bailasteis con ella?

—Sí, bailé; no quiero ocultaros nada. ¿Os incomodais?

—No, continuad.

—La muchacha me dijo que estaba de doncella con una de las mujeres mas bellas de París. La pregunté acerca de su ama, y me dijo dónde vivía; que no tenía padres ni relaciones de ninguna clase; que era rica, y lo que es aun mas extraño, que no tenía amantes, ó que por lo menos, ningun hombre iba á verla. Por medio de esta muchacha conocí á esta señorita. Era, en efecto, una joven adorable, y no puedo deciros qué placer encontré en su sociedad; pero había un misterio respecto á ella que no pude comprender, y á no haber sido por este misterio, creo que hubiera perdido para siempre mi corazón; pero no soy de esos hombres que se unen por toda su vida con cualquiera mujer cuyo nacimiento y clase son inferiores á los míos. Creo que este sentimiento no os ofenderá.

(Se continuará.)

JOHN LANG.

## ROBERTO EL DIABLO.

(DEL ALEMAN.)

(Conclusion)

Poco tiempo despues volvió el senescal con mayores fuerzas que antes, y por tercera vez sitió á Roma. Antes de salir á batirse el emperador, mandó á todos sus nobles que si volvía el caballero del caballo blanco, le buscasen y se apoderasen de él donde quiera que le encontrasen. Así lo prometieron cumplir, y cuando llegó el día del combate, algunos de los mas valientes se ocultaron en un bosque cercano y estuvieron acechando para ver el camino por donde viniera; pero fue en vano, pues antes de que nadie se apercibiese, se encontraba ya Roberto en medio de la batalla: entonces se precipitaron tras de él, repartiendo tambien con él golpes á derecha é izquierda, hasta que, derrotado el enemigo, huyeron vergonzosamente los sarracenos como las dos veces anteriores.

Luego que concluida la acción iban todos volviendo contentos á sus casas, tambien Roberto se dispuso á regresar á su fuente y á dejar como anteriormente sus armas; pero en cuanto le vieron venir los caballeros que habían vuelto á apostarse en el bosque, salieron todos de pronto y le gritaron en alta voz:—«Noble caballero, deteneos y decidnos quién sois y de dónde venís, pues tenemos encargo de decírselo al emperador, que desea saberlo con grande empeño.» Al oír esto Roberto se avergonzó en extremo, y metiendo espuelas á su caballo blanco, escapó por valles y colinas, pues no quería ser reconocido; pero uno de los mas atrevidos, que montaba un buen caballo, siguió en su persecución y le arrojó su lanza, no con ánimo de matarle, sino con la esperanza de alcanzar al caballo blanco, lo que no pudo conseguir, porque errando al animal, y aunque

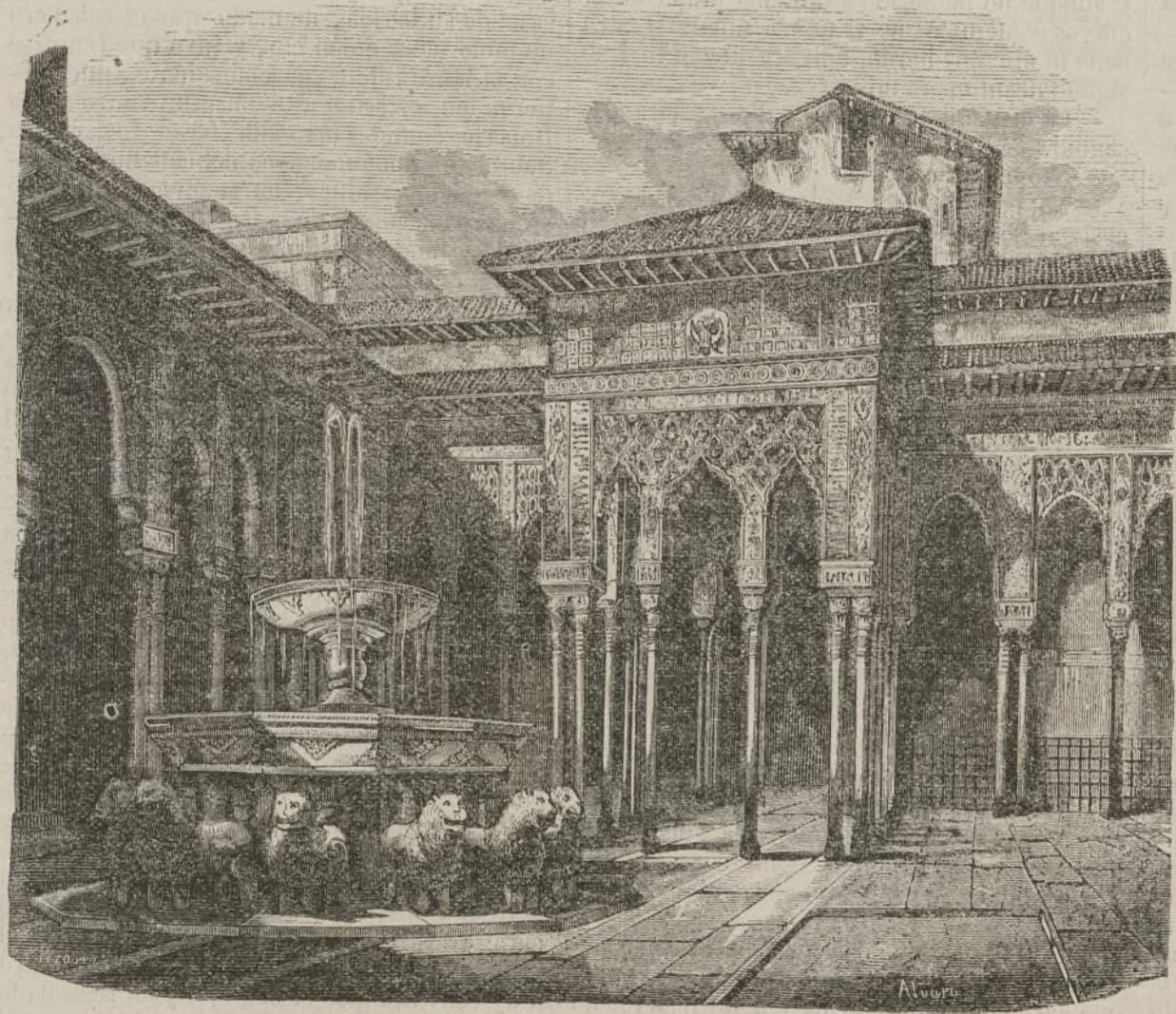
quedó clavada la punta de la lanza en el muslo de Roberto, este siguió adelante sin hacer caso de su herida, de modo que el caballero no pudo saber quién era, y tuvo que reunirse con la lanza rota á sus compañeros, que sintieron en extremo este suceso. Entre tanto Roberto siguió corriendo hasta llegar á la fuente, en donde se apeó del caballo, y despojó de su armadura; en seguida arrancó de su pierna la punta de la lanza que ocultó entre dos grandes piedras en la fuente, y no sabiendo dónde ni por quién había de ser curado, se vió obligado á coger un poco de yerba y á aplicársela á la herida, que vendó despues con un pedazo de forro arrancado de su vestido: por supuesto que todo esto lo observó perfectamente desde su ventana la hija del emperador, que al ver la nobleza y caballerosidad de Roberto, empezó á sentir por él tiernísima inclinación.

—En cuanto Roberto hubo vendado su herida marchó al palacio imperial á fin de tomar algun alimento, pero disimulando cuanto podía la cojera que producía la herida. Al poco tiempo llegó el caballero que le había herido, y contó al emperador cómo se había escapado el extranjero del caballo blanco, y cómo le había herido contra su voluntad.—«Lo mejor es, señor, dijo; que hagais anunciar públicamente en todo el Imperio, que donde quiera que haya un caballero con armadura y caballo blancos, se os presente, y que traiga consigo la punta de la lanza con que le han herido, y enseñe su herida, pues que quereis darle vuestra hija por esposa, y la mitad del reino por dote.» El emperador se mostró muy contento por el consejo, y en seguida lo hizo publicar exactamente lo mismo que el caballero había propuesto.

Este anuncio llegó tambien á oídos del senescal, que poseído siempre de un ardiente amor por la hija del emperador, no podía descansar de día ni de noche, ideando continuamente el medio de vengarse del padre y de obtener la hija; por lo que, en cuanto tuvo noticia del ofrecimiento del emperador, forjó un ardid que esperaba le haría conseguir con seguridad su objeto. Hizo buscar caballo, lanza y armadura blancos, cogió una punta de lanza rota, que se clavó en el muslo, y en seguida, haciendo armar á su gente mas allegada, emprendió con ellos el camino á toda prisa, entrando en Roma con gran pompa y magnífico acompañamiento. Una vez allí se presentó sin demora al emperador, y le dijo:—«Señor, yo soy el que por tres veces os ha ayudado tan valientemente; el que por amor á vos ha derribado tantos enemigos, y el que por tres veces ha contribuido á que obtuvierais la victoria sobre los pícaros sarracenos.» El emperador, que no sospechaba ningun engaño ni traición, y que no reconoció á su antiguo servidor y enemigo que había cuidado de disfrazarse perfectamente, se dignó contestarle:—«¡En verdad, que sois un valiente caballero! Sin embargo, me cuesta trabajo creer lo que decís;» á lo que repuso el senescal:—«Señor, tengo mas valor del que creéis, y para probaros que es verdad lo que digo, mirad aquí la punta de la lanza que me he arrancado:» y diciendo esto, descubrió el sitio en que él mismo se había herido. Pero el caballero, que había herido á Roberto, y que se hallaba tambien presente, empezó á dudar, sonriéndose despues cuando vió mas de cerca la punta de la lanza, pues conoció en seguida que no era la suya, sin embargo de lo cual, para no suscitar cuestiones, no quiso afirmar lo contrario, sino aguardar una ocasión mas favorable.

Ya era tiempo de que Dios librase á Roberto de tan dura penitencia, pues el pobre yacía mal herido en el establo de los perros, y como no tenía médico que le cuidara, se hacía lamer la herida por un perro que le había tomado particular afición, sin embargo de lo cual nunca pensaba en sí mismo, sino que rogaba á Dios tuviera compasión de su alma. Por esta misma época una noche que el de-





Alhambra de Granada.—Patio de los leones.

voto ermitaño que había confesado á Roberto se hallaba acostado en su celda, se la apareció en sueños un ángel y le mandó que inmediatamente se levantara y marchase á Roma, y contando en seguida al ermitaño todo lo que Roberto había hecho, le declaró que había terminado ya su penitencia, y que todos sus pecados estaban perdonados. Al oír esto el ermitaño se puso muy contento, se levantó luego y emprendió el camino de la ciudad pontificia.

Aquella misma mañana se levantó también muy temprano el senescal, y se presentó de nuevo al emperador pidiéndole, conforme con lo que había anunciado, la mano de su hija, que el emperador le concedió sin mas consideraciones, después de la prueba que creía haber recibido. Cuando aquella comprendió que la iban á entregar al senescal, á quien había reconocido perfectamente, se puso fuera de sí, desgarrándose los vestidos y arrancándose el cabello; pero como no podía hablar, todo fue en vano: se vió obligada á adornarse como desposada y dejarse llevar por su mismo padre, que la condujo de la mano á la iglesia con gran pompa y acompañamiento de damas, nobles y caballeros, y sin embargo, la pobre muda se hallaba interiormente tan afligida, que nadie podía consolarla.

Estaba ya el emperador con toda su corte en la iglesia, donde habían de celebrarse los desposorios, cuando al empezar el sacerdote la misa mayor se verificó un nuevo milagro del cielo, que fue el de recobrar el uso de la palabra la doncella, que habló á su padre de este modo:

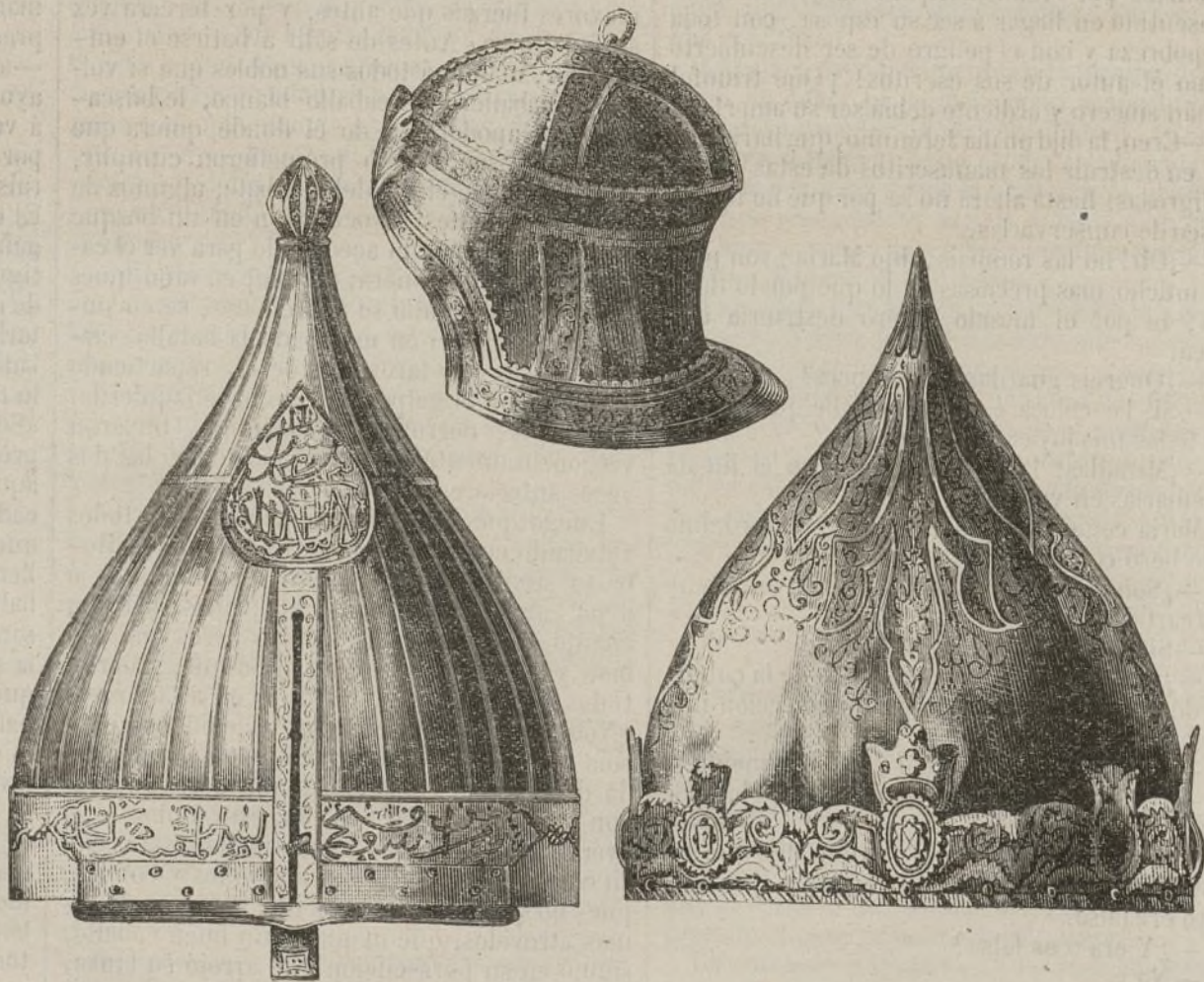
—«¿Habeis perdido el juicio, padre mio, hasta el punto de creer lo que ese traidor os ha contado? Todo lo que ha dicho es mentira. En esta ciudad se halla el santo hombre á quien yo y todos debemos la vida, y cuyas raras virtudes hace tiempo que conozco; pero nadie quería creer mis demostraciones.»

Al oír esto el emperador, se alegró en extremo, y cayéndosele la venda que parecía tener en los ojos, reconoció á su enemigo el senescal, que furioso y avergonzado, salió en seguida de la iglesia, montó á caballo y escapó de la ciudad con toda su comitiva. Entonces el papa, que se hallaba presente, preguntó á la doncella quién era el hombre de que ella había hablado; pero la muchacha no contestó una palabra, sino que cogiendo de la mano al emperador y al papa, los condujo al

yardín y al sitio mismo de la fuente en que Roberto tomaba y dejaba sus armas, y sacó la punta de lanza que Roberto había escondido allí entre dos piedras, la cual fue reconocida como suya por el caballero que había herido á Roberto, y que también los había acompañado desde lejos. En seguida dijo la muchacha al papa:—«Tres veces hemos conseguido la victoria sobre los infieles por el valor de ese noble caballero, y tres veces le he visto tomar y dejar su armadura y su caballo; pero no puedo decirlos á dónde han ido estos á parar, sabiendo solo que el mismo caballero después de terminado todo, volvía á su sitio de costumbre entre los perros.» Y añadió á su padre:—«El es quien ha salvado vuestro honor y vuestro país; á vos os toca recompensarle: permitid que vayamos á dónde se encuentra, para que oigamos la verdad de sus labios.»

Efectivamente, todos se dirigieron al rincón en que Roberto se hallaba con los perros, y empezaron á saludarle con grande atención; pero él no les contestó. Por último, el emperador le dijo:—«Ven aquí, amigo mio, y enséñame tu pierna, que deseo verla.» Sin embargo, conociendo Roberto perfectamente por qué le decían esto, hizo como si no lo hubiera entendido, cogió una paja, con la que se puso á jugar, y empezó á hacer otra porción de tonterías para hacer reír al emperador y al papa, y hacerles creer que hablaban con un loco. Entonces el papa se volvió á Roberto, y le dijo:—«En nombre de Dios te mando que nos respondas.» Pero Roberto que no se creía aun librado de su penitencia, empezó á saltar como un loco y á echar

bendiciones á Su Santidad como si fuera él el mismo papa. En esta ocasión fue cuando vió al ermitaño, que reconociendo á su penitente, le dijo en voz clara, de modo que le pudieran entender todos los que se hallaban presentes:—«Oye, amigo mio, sé muy bien que tú eres Roberto, á quien los hombres llaman *el Diablo*; pero desde ahora debes considerarte como hijo de Dios, pues que has librado al país de sarracenos: sirve y honra á Dios como hasta aquí, y habla y deja de hacer el loco,



Capacetes de los árabes españoles.



que ya has cumplido largamente tu penitencia, y todos tus pecados se hallan ya perdonados.» Al oír esto Roberto cayó de rodillas, y levantando los ojos y las manos, exclamó: «Rey del cielo, te doy infinitas gracias por haberme perdonado mis horribles pecados en gracia de tan corta penitencia.» En seguida se despidió de todos, y salió de Roma, dirigiéndose á su patria.

Hacia poco tiempo que Roberto había abandonado la ciudad, cuando se le apareció un ángel del cielo y le mandó volviese á Roma, donde le aguardaba una felicidad suma. Efectivamente, luego que hubo regresado, le presentó el emperador su hermosa hija, cuyo corazón hacia tiempo le pertenecía, y se la dió por esposa. El día de la boda fue de triunfo y alegría para toda Roma, y las fiestas du-

raron catorce días: terminadas estas, se despidió Roberto del emperador con objeto de ver á sus padres en Normandía, y de presentarles su esposa, con la que emprendió el viaje acompañado de brillante séquito, y cargado de magníficos presentes. Al llegar á la ciudad de Rouen fueron recibidos en triunfo por el pueblo, que se hallaba doblemente contento de ver á su señor, á quien creían perdido en



Modas del mes de mayo.

cuerpo y alma, mucho mas ahora, que todos se hallaban con gran pena y aflicción por haber muerto su duque, el padre de Roberto.

Cuando Roberto supo esta desgracia lloró amargamente, y sintió en extremo no haber podido llegar á tiempo de probarle su completa enmienda; pero en cambio se alegraba de encontrarse en compañía de sus queridas madre y esposa, á quienes refirió las aventuras que había tenido desde que salió de su palacio. Un día recibió Roberto un mensaje del emperador en que este le rogaba fuera á ayudarle para rechazar al traidor senescal, que se había vuelto á sublevar de nuevo, y amenazaba entrar en Roma á sangre y fuego. Inmediatamente que lo supo, reunió Roberto á toda prisa cuanto gente de armas pudo hallar en Normandía, y se dirigió con ellos á escape á Roma; pero antes de llegar ya había muerto el emperador á manos del infame. Roberto, sin embargo, embistió á Roma con gran vigor, y libró la ciudad sitiada, y habiéndose encontrado en la pelea frente á frente

con el senescal, le dijo: «Mirame, falso traidor, que ahora no te has de escapar de mis manos: una vez te distes tú mismo un lanzazo para engañar á los romanos, y ahora has muerto al emperador, mi señor: defiende, pues tu vida, porque te voy á matar.» Cuando el pérfido vió á Roberto el Diabla, no contestó una palabra, sino que trató de buscar su salvación en la fuga; pero Roberto le alcanzó y le dió tan tremenda cuchillada, que dividiéndole el casco y la cabeza, le dejó muerto en el acto. En seguida le hizo llevar á Roma, para satisfacción de los romanos, y después que hubieron desaparecido todos los sarracenos, regresó Roberto con su tropa á Rouen en Normandía, en donde encontró á su madre y á su esposa sumidas en profunda tristeza por la muerte del emperador, de que ya habían tenido noticia, y de que Roberto las consoló algún tanto, diciéndolas que había vengado al emperador en el senescal, y librado á los romanos de sus enemigos.

Desde entonces vivió el duque Roberto con-

sagrado exclusivamente al amor de su noble esposa, temido de sus enemigos y querido de sus amigos y súbditos, hasta la edad de sesenta y dos años, en que murió, dejando un hermoso hijo, llamado Ricardo, que llevó á cabo admirables hechos de armas con Carlos, rey de los Francos, sostuvo grandes guerras con los sarracenos, y ayudó á sostener en todo el mundo la fe de Cristo.

L.

#### DESCRIPCION DE GRANADA,

POR UN ANTIGUO ESCRITOR ÁRABE.

El esplendor, la hermosura de Granada, el lujo y la galantería de sus guerreros y damas, sus trajes, sus costumbres, nos han sido transmitidos en curiosos detalles por un escritor contemporáneo. Al Kattib nació en la misma corte el año 1313 (713 de la hegira), de una familia aristocrática, que vivió sucesivamente



en Toledo, Córdoba y Loja, y contaba entre sus ascendientes á algunos de los capitanes célebres avencinados en España en los primeros años de la conquista. El abuelo y padre de Al Kattib figuraron en la corte de los Naceritas por sus riquezas y por su mérito personal. El joven granadino recibió una educación esmerada y logró la debida recompensa obteniendo los favores de Mohamad V. Perseguido en la revolucion que lanzó del trono á este gran rey, empobrecido con odiosas confiscaciones, acompañó fielmente á su soberano, y tuvo la satisfacción de recuperar con el triunfo de este sus honores y sus riquezas. Aunque la historia, las matemáticas, la poesía, la botánica, la medicina y la geografía le fueron familiares, ejerció su pluma con particular esmero en celebrar las glorias de su querida patria.

«La ciudad de Granada, dice, de extraño y peregrino nombre, la Damasco es añola, es una ciudad de Elvira, cuya poblacion se alzaba floreciente en otro tiempo á cuatro millas de distancia. Constituida en corte en el siglo IV de la hezira, creció rápidamente en grandeza y poderío.

«Granada es hoy la metrópoli de las ciudades marítimas, capital ilustre de todo el reino, emporio insigne de traficantes, madre benigna de marinos, albergue de viajeros de todas las naciones, vergel perpetuo de flores, espléndido jardín de frutas, encanto de las criaturas, erario público, ciudad celebrísima por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres, y manantial inagotable de seda y azúcar. No lejos de ella sobresalen cumbres altísimas (Sierra-Nevada), admirables por la blancura de sus nieves y bondad de sus aguas. A esto se le agregan aires saludables, muchos y amenísimos huertos, varias yerbas y aromas exquisitos; siendo la mas singular de sus excelencias que en todos los dias del año hay sembrados y lucen verdes y risueñas praderas. Su comarca abunda en oro, plata, plomo, hierro, atucia, margaritas y zafiros. Sus montes y lagos crían peucedano ó yerbatum genciana y espiago; por último, produce cochinilla, y hay tal abundancia de seda, que sirve para el consumo, y sobra para el comercio; con la singularidad de que estas ropas de seda (se puede asegurar sin reparo) en suavidad, delicadeza y duracion aventajan con mucho á las de Siria.

«El campo es amenísimo y rival del valle de Damasco, y tan llano y suave, que con la misma comodidad se viaja por el día ó de noche, á pie ó á caballo. La naturaleza ha dotado con toda su lozanía á esta vega, y la ha refrescado con raudales copiosos. En ella se elevan risueñas aldeas, caseríos, jardines, y crecen espesas y deleitosas alamedas; una serie de colinas y montañas termina su horizonte, y abraza en ancho semicírculo un espacio de muchas millas. La gran ciudad de Granada se estiende con sus arrabales sobre colinas, y está como recostada parte en estas y parte en llano; y no es fácil describir cuántas bellezas proporcionan la leñidad de sus brisas, la clemencia de sus aires, la solidez de sus puentes, la magnificencia de sus templos y la anchura de sus plazas. El célebre río Darro nace en sus términos orientales, corre por la poblacion, divide sus barrios, tuerce luego su curso, y se abraza con el Genil, que despues de lamer sus muros lleva sus ondas por la espaciosa vega, y enriquecido con los tributos de otros arroyuelos y torrentes, crece á semejanza del Nilo, y se dirige soberbio hácia Sevilla.

«La régia estancia de la Alhambra, sobresale con admirable perspectiva, cual otra segunda ciudad. Altísimas torres, espesas murallas, palacios suntuosos y otros muchos edificios elegantes, hermosean aquel recinto y le embellecen con su magnificencia. Raudales cristalinos se despeñan, se comparten en mansos arroyos, y se deslizan murmurando entre bosques sombríos. A semejanza de Granada, huertos y graciosos vergeles dan tal amenidad á la Alhambra, que las almenas de los palacios asoman entre las bóvedas de verdura, como el

cielo sembrado de estrellas en noche oscura. Por do quiera se enlazan las parras con árboles cargados de pomos y de otras frutas regaladas. Las huertas contiguas producen tantos cereales y hortaliza, que solo un príncipe pudiera satisfacer sus preeios con ricos tesoros. La renta anual de cada huerta asciende á 50 áureos, y cada una de ellas reditúa al soberano 30 libras. Este campo, cubierto incesantemente de frutos, da al cultivo un carácter de perpetuidad, y sus productos se calculan en nuestros dias en 25,000 áureos. El rey posee suntuosas casas de recreo y de incomparable deleite por sus bosques y variedad de plantas y jardines.

«A do quiera que se dirija la vista se admiran torres de hermoso aspecto; las aguas corren en opuestas direcciones, ya para uso de los baños, ya para impulso de los molinos, cuyos réditos se aplican á restaurar los muros de la ciudad. Estas posesiones se estienden por espacio de algunas millas, y en su cultivo y limpieza se ocupan muchos honrados colonos y muchos animales útiles: en casi todos hay fabricados castillos y capillas sacrosantas. La feracidad de la tierra facilita los trabajos y da impulso á las labores. Se elevan en estas fincas, aldeas tan alegres en sus recintos como en sus campos; y es tal la anchura de la vega, que hay tierra de abundante esquilmo, y sobra mucha para pastos, realengas, abrevaderos, granjas y egidos. Los lugares del radio de Granada, ascienden á 300; los colegios y templo de su recinto son 50, y los molinos de agua en torno de ella 130.

«Los granadinos son amantes de sus reyes, sufridos y muy generosos, esbeltos y muy proporcionados, por lo comun de cabello negro, y medianos de estatura. Su dición es la arábica mas elegante, exornada de sentencias, y á veces demasiado metafísica; en disputas y réplicas suelen ser tenaces y vehementes. Visten al uso de los persas, finísimas telas de lana, seda y algodón, rayadas de colores con sutil artificio: en invierno usan para abrigo la capa africana, ó albornoz tunecino; en la estacion calurosa lienzo blanco. De aquí es que al ver á los fieles congregados en el templo, y los diversos colores de sus trajes, nos parece admirar la diversidad de flores estendidas en los amenos prados de primavera.

«El ejército se compone de dos linajes, uno de guerreros granadinos y otro de reclutas africanos: los granadinos no consienten ser acaudillados sino por algun príncipe de la dinastía, ó por alto dignatario del Estado. En otro tiempo usaban corazas, anchas lorigas, escudos, viseras, en calidad de armas defensivas; como ofensivas, lanzas larguísimas de dos hierros, cimitarras y venablos, y cabalgaban en sillas de poca firmeza. Cada escuadron ó compañía llevaba un alférez, que tremolaba su estandarte. Con el tiempo se han mejorado la disciplina militar y la calidad de las armas, adoptando corazas ligeras, celadas ó morriones mas airosos, sillas á la gineta, adargas de cueros y lanzas mas agudas.

«Las cohortes africanas constan de varias gentes, como son los marines, zayanitas, tagianitas, agaisitas y árabes africanos; se dividen en varias cohortes acaudilladas por sus propios capitanes; mas estos quedan sometidos á la autoridad de un jefe superior, que por lo comun es alto caballero de la noble tribu de los marines, y cercano pariente de los reyes de Fez. Muy pocos de estos usan el turbante persa, imitando en esto al pueblo granadino, entre el cual, los sacerdotes, magistrados y doctores son los únicos que le conservan. Su arma favorita es un venablo armado de varias cuchillas, que disparan al enemigo con singular destreza: habitan en cuarteles de fábrica poco elevada, y en los dias festivos visten con lujo deslumbrador, y pueblan las hosterías, dando ejemplo pernicioso á la juventud con sus zambas ruidosas y cantares impúdicos.

«El alimento cotidiano de los granadinos es el pan de trigo: las familias pobres y los jornaleros lo consumen de cebada en el rigor del in-

vierno. En sus mercados abunda todo género de fruta, y principalmente las uvas vendimiadas en los fértiles pagos de Granada; y es tal la granjería de este fruto, que sus rentas están computadas hoy en 14,000 áureos. Es también copioso el surtido de otras frutas, como higos, pasas, manzanas, granadas, castañas, bellotas, nueces, almendras y otras muchas, sin que escaseen en ninguna época. Además hay uvas conservadas al abrigo de la corrupcion de un año para otro.

«La moneda granadina, labrada de plata y oro purísimo, se distingue por su cuño primoroso. Los ciudadanos aplicados á sus labores se alejan del ruido cortesano en la estacion de las cosechas, y pasan el estío en sus granjas deleitasas. Otros, inducidos de un ardor belicoso, viven en las fronteras, para molestar al cristiano con escursiones audaces, y servir de presidio y antemural á sus conciudadanos.

«Entre los adornos recomendados por el buen gusto de las princesas y damas granadinas, merecen especial mencion los cinturones, bandas, ligas y cofias, labradas de plata y oro abril antado con primoroso artificio. El jacinto, el crisólito, la esmeralda y otras muchas piedras preciosas, brillan en sus atavíos. Las granadinas son graciosas, elegantes, y de estatura tan esbelta, que es muy raro encontrarlas desproporcionadas. Nímiamente pulcras, cuidan con esmero sus largas cabelleras, y hacen gala de su dentadura de marfil; el aliento de sus labios es dulce como el perfume de las flores. Dan mayor realce á sus encantos la gracia de los modales, la discreccion exquisita y los donaires en su conversacion. Es lamentable sin embargo que alcancemos un tiempo, en que las granadinas hayan elevado sus vestidos y adornos á una altura de lujo y magnificencia que raya en delirio.»

## AGRICULTURA.

### LAS ENFERMEDADES DE LOS ÁRBOLES.

A dos causas distintas se deben las enfermedades que atacan y matan á los árboles: unas, tales como las llagas y la goma son resultado de causas internas, mientras que las otras son producidas por causas exteriores, y sobre todo por la presencia de las plantas parásitas como el líquen, el musgo y las setas.

Las primeras, son regularmente mortales, pero se pueden curar por medio de la amputacion de las partes enfermas, cuando el árbol está atacado parcialmente ó cuando las causas que las han producido no son mas que pasajeras y no han podido destruir en el árbol todo el germen de vida; pero cuando está invadido todo él y su vegetacion está de tal modo modificada que el deterioro aumenta de dia en dia, el árbol languidece y muere pronto, sin que puedan salvarlo los cuidados del jardinero.

Cuando las enfermedades son debidas al establecimiento de vegetales parásitos sobre la corteza del árbol es mas fácil salvarle: algunas lociones con agua de cal y una detenida limpieza con un cepillo, son ordinariamente suficientes para destruir los líquens y el musgo y volver la salud al árbol que estaba cargado de semejantes párasitos.

Respecto de las setas, diremos que se necesita para destruirlas un remedio mas enérgico, sobre todo para las de la viña, llamadas *oidium tuckeri*; pues el agua de cal ha sido reconocida como insuficiente, y el hidrosulfato de cal, diluido en la proporcion de 1 litro por 50 litros de agua, es hasta ahora el medio mas sencillo y mas eficaz que se ha descubierto.

Para preparar el hidro-sulfato de cal se hace una masa con 250 granos de azufre pulverizado y  $\frac{1}{2}$  litro de cal recientemente apagada y luego se le añaden 3 litros de agua: se pone al fuego, en un puchero de hierro ó de barro barnizado, y se hace que hierva durante seis minutos y luego se embotella.

Anteriormente se conocia ya otro sistema, que consiste en aplicar por medio de un hoyo



la flor del azufre, lo cual destruye igualmente el oidium de las viñas; pero tanto si se emplea la flor de azufre como si se hace uso del hidrosulfato de cal, lo importante para el buen éxito es el obrar á tiempo, es decir, en cuanto se perciben las primeras rayas blancas que caracterizan la enfermedad, pues se propaga rápidamente.

Si, á pesar del cuidado que se ha puesto en la operacion, el oidium no se destruye por el primer tratamiento, será preciso volver á empezar despues de pasados algunos dias.

La flor del azufre y el hidrosulfato de cal, pueden emplearse con igual éxito para destruir la enfermedad que tanto perjudica á los melocotones.

A estas insuficientes nociones se limita nuestra ciencia, y los únicos medios que poseemos para prevenir las enfermedades de los árboles, son los cuidados atentos, el abrigo en invierno, cuando sea posible, y la eleccion de la buena posicion del terreno.

Es sensible que esta importante parte de la horticultura esté tan descuidada y que tan pocos inteligentes se ocupen de ella seriamente.

G. GERARD.

## LA METAMORFOSIS DE LOS INSECTOS.

### LAS MARIPOSAS.

Las mariposas, como todos los insectos, antes de gozar de todas las facultades concedidas por la naturaleza á su especie, pasan por diferentes estados que dividen su vida en otros tantos períodos distintos, estados á veces tan diferentes entre sí, que parecería increíble no constituyeran otra cosa que modificaciones de un mismo animal. Estos estados son en número de cuatro: el de *huevo*, el de *larva*, el de *ninfa* y el de *insecto perfecto*.

El primero que les es comun con los demás articulados, no necesita explicacion. En el segundo, es decir, á la salida del huevo, el insecto se presenta bajo la forma de un cuerpo sin alas, blando y parecido á un gusano. En el lenguaje ordinario, se le designa casi siempre con este nombre, y en ciertos casos con el de *oruga*. Linneo, considerando que bajo esta forma el insecto verdadero estaba como enmascarado, le dió el nombre latino de *larva* que significa *máscara*. Este período de la vida de los insectos, durante el cual comen con voracidad, y cambian de piel muchas veces, se prolonga mas ó menos; en unos dura algunos dias ó algunas semanas; en otros, meses y aun años enteros. Entonces cesan de comer, y se retiran á un lugar seguro; su piel se desprende por última vez, y descubre un cuerpo de forma variable, pero sin semejanza alguna con el que existia un momento antes. Este es el tercer período de su existencia.

En este nuevo estado se parecen bastante á una momia envuelta en sus lienzos, ó á un niño con mantillas. La mayor parte no toman entonces alimento alguno, carecen de movimiento, y no contienen interiormente mas que una materia líquida, en la cual no se distingue apariencia alguna de órganos; pero posteriormente su forma varía mucho segun las familias, por lo que se han dado diferentes nombres al cuerpo que presentan en este estado. Linneo le ha llamado generalmente *pupa*, nombre que han adoptado algunos autores, pero el mas admitido es el de *ninfa*.

Despues de un espacio de tiempo mas ó menos considerable, y que varía desde algunas horas á uno ó mas años, el insecto habiendo ya llegado á la perfeccion de todas sus partes, se desprende de la envoltura en que estaba prisionero, y entra en su cuarto y último estado. Entonces aparece provisto de alas (á menos que no sea una especie áptera), capaz de propagacion, y en una palabra, en el goce de todas las facultades concedidas por la naturaleza á su especie. Linneo le llama en este caso *imago*, en atencion á que habiéndose despojado de la *máscara*, y de las envolturas

que le cubrian, no hallándose ya disfrazado, es en cierto modo el verdadero representante, la *imágen* de su especie. En la actualidad se le llama simplemente *insecto perfecto*.

El conjunto de estos diversos cambios considerado de una manera abstracta, esto es, como cambios y no con relacion á las diferentes formas que pueden tener la larva y la ninfa, constituyen lo que se llama metamorfosis.

Terminada en las mariposas esta transformacion, baten sus alas y revolotean de unas á otras flores, alimentándose de sus jugos y adquiriendo cada vez mas esa brillantez y hermosura de colores que durante el verano llaman do quier nuestra atencion y producen en el campo las mas gratas sensaciones.

## ECONOMÍA DOMÉSTICA.

### LOS VINOS DE LA MESA.

Indudablemente en todas épocas y en todos países han sido los vinos *el alma*, si así puede decirse, de los banquetes y de todas las comidas en general. Desde los muy esquisitos y de gran precio con que han hecho alarde de sus riquezas el príncipe y el magnate, presentándolos con abundancia á sus comensales; hasta el humildísimo vino comun, que estando al alcance de todos se presenta en la mesa del pobre jornalero y le da fuerzas para seguir su trabajosa tarea; todos los vinos y licores han sido y son bien recibidos en las mesas, ya por su sabor agradable, ya por lo higiénico de su uso siendo este moderado.

Ciertamente es muy provechosa la bebida, repetimos, con moderacion. Si el hombre bebiese solo lo preciso para ayudar á la digestion, limitándose á beber solo lo necesario e indispensable para la coccion de los alimentos, jamás enfermaria por causa de los líquidos con que carga su estómago, antes bien le son muy provechosos para restablecer el equilibrio de la accion vital, las bebidas estimulantes en la estacion muy fria y las acuosas durante los grandes calores. Por el contrario, son muy perjudiciales tomándolas con exceso, haciendo estas muy lenta y penosa la digestion, manteniendo aquellas en un continuo estado de irritacion los órganos, y lo que es aun peor, degradando al hombre hasta colocarlo bajo el nivel de los irracionales.

Indispensables, pues, han sido, son y serán los vinos y licores en toda comida, tenga muchas ó pocas pretensiones. Hasta los textos sagrados nos demuestran su absoluta necesidad al referirnos el milagro del Salvador en las bodas de Caná, cuando habiéndose concluido el vino que tenían prevenido en la casa donde tales bodas se celebraban, convirtió el Señor el agua en vino á instancias de su Santísima Madre que cuidadosa y solícita le dijo: «No tienen vino.» Prueba pues que aquella muy sóbria Señora consideraba el vino como una cosa indispensable y necesaria cuando indujo á Jesus á que obrase un milagro con tal que no careciesen los convidados de aquel líquido.

En los tiempos primitivos, cuando apenas se acababa de descubrir el uso del jugo de la vid, vemos ya á Noé, muy inesperto en este asunto, víctima de los efectos de su delicioso descubrimiento.

Los antiguos idólatras suponían como bebida de los dioses en el Olimpo el *nectar*, licor suave y delicioso que les embriagaba dulcemente.

Grande culto daban al dios Baco, el cual tenia por atributos grandes racimos de uvas y toneles de vino. Se celebraban en su honor las tan célebres y conocidas *bacanales* donde es de presumir se obsequiaria al dios del vino por escelerencia con no cortas libaciones de aquel líquido.

Los romanos, aquellos hombres vergonzosamente entregados y consagrados á toda clase de placeres, ostentaban su esplendidez haciendo servir en sus mesas por multitud de esclavos, en magníficas copas de oro incrustadas

de pedrería, rarísimos vinos traídos de lejanas tierras.

En tiempos mas modernos, no solo se ha sostenido, sino que se ha aumentado muchísimo el uso de los vinos y licores, y no se considera una comida ó banquete espléndido sin que se crucen en ella botellas de los mas esquisitos y variados vinos; no se concibe el *buffet* ó *cena* de una *soiree* sin que haya vinos y licores de todos países y de todas clases; adaptados á los gustos de señoras y caballeros y que puedan satisfacer los deseos y caprichos de los mas inteligentes y consumados bebedores.

Muy difícil ha sido hasta poco tiempo hace, y sumamente costoso el poder presentar en una mesa de Madrid toda clase de vinos y licores, de buena calidad y legitima procedencia, y muchos de los conocidos en el extranjero se habian de mandar traer de sus países á costa de gastos considerables por no venderse en Madrid. Ahora ya han desaparecido estas dificultades. Desde que se ha abierto al público un verdadero templo de Baco, el magnífico almacén de vinos y licores del señor Soria, en la calle del Clavel, núm. 2, se pueden presentar á las mesas de todas clases; vinos y licores del reino y extranjeros, esquisitos y diáfanos como el ambar, todos de superior calidad, legítimos de los países de donde deben ser, cuidadosamente embotellados y al mismo tiempo con la mayor economía.

El señor Soria ha hecho un verdadero bien á los bebedores inteligentes de Madrid, visitando las principales bodegas de Burdeos, de Champagne, de Jerez, etc., porque así les ha proporcionado la ventaja de ofrecerles los vinos que directamente de ellas recibe.

Su reciente viaje á Francia, los interesantes conocimientos que le han suministrado las obras mas notables que sobre su mano se han publicado en aquel país, y los nuevos aparatos é instrumentos que ha hecho traer del mismo, le han permitido introducir tambien mejoras notables en la elaboracion y perfeccion de nuestros vinos comunes, tan descuidadas hasta ahora.

## MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON.

La primavera termina su mision sobre la tierra. En todas partes acaban de desaparecer las nieves, último recuerdo del invierno, y doquier renace el verdor de los campos, la frondosidad de los árboles, la fragancia de las flores, de esas mismas flores cuyos perfumes tantas veces nos han hecho admirar el poder y la habilidad incomprensibles del Artífice Supremo. El aire mas suave y caliente acaricia nuestro rostro, trayéndonos aromas de mil lejanos jardines, y la expansion que siente al respirar nuestro pecho, libre ya de atmósferas húmedas y nebulosas, nos hace sentir la estacion de las flores y de las frutas, de las giras campestres y de los viajes, de los amores y de la coquetería, de la alegría y de la abundancia. Mientras el aire frio y seco nos retenia en casa, leyendo los *Viajes* de Alarcon ó las *Novelas* de Fernandez y Gonzalez, mientras cautivaba todo nuestro ser el *turno* en la Zarzuela ó en el Teatro Real, el baile de la señora de C... ó la reunion de los condes de K.; no pensábamos en esa feliz estacion que se llama *verano*, ni veia nuestra imaginacion aliciente alguno mas allá de los salones y de los palcos de nuestros amigos. Pero termina la primavera y la decoracion cambia por completo.

—«Las horchaterías ya están abiertas... En la de la Carrera de San Gerónimo ví ayer al ex-ministro de la Gobernacion.—¡Lástima que esta clase de establecimientos no obtenga apetecibles mejoras.—El calor es insufrible, y sin embargo, segun costumbre, tendremos lluvia por San Isidro.—Pienso marchar muy pronto.—Yo voy á los baños de...—Yo á Alicante.—Yo mas lejos, á los Pirineos...—¿No va V. á la esposicion? todo el mundo acude á ella, y de España se espera mucha concurrencia.—





La metamorfosis de los insectos.—Las mariposas.

Como que un librero de París ha publicado expresamente para los españoles una *Guía* práctica en castellano, en obsequio de los que acuden á Londres...

Y sobre estos mismos temas versan las conversaciones todas. Y son no pocos los que, según su gusto ó su fortuna, según sus caprichos, sus negocios ó necesidades, trazan itinerarios y propónense viajar por Francia, por Suiza, por Bélgica y Alemania, recorriendo ciudades cual nuevo judío errante, solo para aprender cuatro frases extrañas, subir á todos los campanarios, recordar el número de sus escalones y conservar en la memoria los *hoteles* donde mejor les sirvieron estos ó aquellos manjares.

Pero no por esto quedará Madrid desierto, ni dejarán de estar concurridos esos sitios que, como Aranjuez, la Granja y el Escorial, son el atractivo de los que siguen la corte ó de aquellos que hallan al pie del Guadarrama todo el aliciente que podría llamarles á los valles de Meyringhen ó á las gargantas del San Gotardo. Y en estos sitios, cercanos á Madrid, con mil recuerdos de todas clases, no faltan frondosas arboledas, ni bosques centenarios, ni cascadas naturales con bulliciosos arroyuelos, ni frescura deliciosa, perfumado ambiente, praderas, flores, aves, todo en fin, sin olvidar la libertad de los montes ni el trato encantador de una sociedad escogida y elegante. Y como la moda persigue do quier la juventud y las gracias, hé aquí por qué aunque no abandonemos el aristocrático paseo del Prado, ó nos contentemos con las brisas del Escorial y la Granja, siempre

deberemos rendir tributo á sus caprichosos decretos, por lo cual recomendamos con este objeto á nuestras lectoras los figurines del presente número, tipo perfecto de sencillez, de elegancia y de buen gusto.

**Figura 1.<sup>a</sup>—Traje para baile.**—Vestido de gro de Tours color de barquillo cubierto por una túnica y dos volantes de encaje negro guarnecidos de guipur. Un volante encañonado en el borde de la falda y un rizado á la cabeza del volante superior, ambas cosas de gro como el vestido completan su adorno: cuerpo liso de peto y escotado: berta en drapería de gro guarnecida por un encaje negro, y otro muy estrecho de guipur en el canto del escote. Manga formada por dos bullones. Un lazo muy ancho del mismo gro recoge la túnica por el lado derecho. Otro mas estrecho de cinta de Moka en el pecho y otro mas estrecho aun, sin caídas sobre el hombro. En la cabeza plumas blancas.

**Figura 2.<sup>a</sup>—Traje de calle.**—Vestido de glasé color de malva, cuerpo, falda y manga todo liso. Un rizado de la misma tela guarnece el cuerpo por delante desde arriba y sigue en la falda por un lado abriéndose en figura de delantal, siguiendo por abajo de ella en el borde y subiendo por el otro lado hasta reunirse á la cintura con la otra: otro rizado forma dibujo un poco mas arriba. El cuerpo es alto y redondo; abrochado por delante con botones: la manga de codo, pero muy ancha, tiene una cartera adornada con un rizado como el resto del vestido. Cuello, puños y mangas de batista liso. Sombrero de paja de arroz adornado por dentro y fuera del ala con flores. Una toquilla de en-

caje negro completa su adorno, cayendo las puntas muy largas sobre el bavolet. Bidas de cinta blanca muy ancha, guarnecidas todo alrededor de un volantino de cinta mucho mas estrecha. Rostrillo de encaje blanco.

ADELA.

## ESPLICACION

DEL AJEDREZ POÉTICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

De mirar con demasía  
Se me han cegado los ojos,  
Y ahora que ciego me encuentro  
Es cuando lo veo todo.

Y ahora que ciego me encuentro  
Estoy viendo de continuo  
El mundo y sus desengaños  
Pasar dentro de mí mismo.

## CLAVE ENIGMÁTICA.

$\Lambda \pi \quad \pi \pi + 49 \pi 8 \quad 045 \quad 3 \quad 23$   
 $0 > 56 \pi + \quad 8 > \Lambda \quad 393523, \quad \Lambda > \quad 393523$   
 $8 > \Lambda \quad 845 \quad X42 > 748.$

X4A42  $\pi \Lambda$ .  
Fenelon.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,  
editor responsable.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.